

Director
FERNANDO BENITEZ
Director artístico
VICENTE ROJO

LA CULTURA

UNA INFORMACION COMPLETA EN
TEATRO, LIBROS, PINTURA, MUSICA, CINE Y TV

editado por NOVEDADES

AV. MORELOS 88-904
TELEFONO 10-87-07



Grecia es la cuna de la cultura humana.



"La república" DE PLATON

por Alfonso Reyes

TRAS lo mucho que se la ha discutido, ¿qué decir sobre la República de Platón? Para él la política debe ser al Estado lo que la moral es al individuo. Condición de la ciudad perfecta es el sacrificio de lo particular a lo general. Cada uno debe desarrollar en sí mismo aquellas de sus facultades que sean útiles a la comunidad y prescindir de las que la estorban. Como la moral empieza con la maraña de las facultades humanas, reacias a la razón que acude a reconciliarlas, así la política tropieza, en naciendo, con las divergencias entre los individuos. En la política como en la ética, Platón aspira a la unidad.

Imaginemos uno de esos lienzos cargados de figuras, para usar el lenguaje de hoy, y salvadas las diferencias de época y de criterios. "Todo debiera ser común a todos" —ha dicho Platón en *Las Leyes*—, hasta los ojos, hasta las orejas y las manos. Así se realiza el disparate filosófico de aquel soneto de Quevedo, en que el ciego conduce al cojo, y el cojo orienta al ciego. (También La Fontaine completa al ciego y al paralítico). Esta obra positiva de agregación de suma, supone de paso una resta, una sustracción cruel de todo lo que estorbe al Estado. Entre el individuo y el Estado hay dos causas de oposición: la propiedad y la familia. Ambas de bien, pues, abolirse. Las proles serán educadas por el Estado, quien asimismo cuidará de la procreación, tanto en la calidad (anticipación de la eugenesia) como en la cantidad (anticipación del malthusianismo). Las mujeres, iguales al hombre en todo lo demás, quedan naturalizadas, requeridas por la

República y puestas al servicio común en cuanto a sus funciones exclusivamente femeninas. Ya se ve que, en el papel, se consienten ciertas reformas mucho más fácilmente que en la práctica de las sociedades. La nacionalización de la mujer es idea familiar entre los antiguos, y sin duda más aceptable para ellos que para nosotros, aunque nunca francamente aceptada. La Esparta de Licurgo, que se jacta de conservar costumbres muy viejas, hasta admite que el marido cansado escoja, en bien de la raza, un sustituto conveniente. Y Herodoto, entre las singularidades de los agatirios, dice que entre ellos esta comunidad era regla. En asuntos matrimoniales, el repertorio de Herodoto registra peregrinos hábitos: las hijas de los liados, dice, vendían su cuerpo para formarse una dote (casi como las geishas), y después compraban un marido a su gusto. Y había otros pueblos en que se ponían a subasta las mujeres bellas, para los que quisieran casarse, y con el dinero reunido se dotaba a las feas, condenadas a solteronas. En Herodoto hay historias para todos los gustos. No nos deleitamos aquellos persas que, antes de resolver sus negocios, los discutían primero en estado de embriaguez y luego en estado de sobriedad, para tomar una media proporcional entre todos los aspectos de la cuestión? Por lo demás, la igualdad de la mujer y el derecho de la mujer entre los antiguos, aunque no eran prácticas corrientes, si fueron teorías discutidas sin la menor tapia, como ya, antes de Platón, lo dejan ver las sornas de Aristófanes; y las ideas cruzan también las tragedias de Eurípides. Ahora bien, es

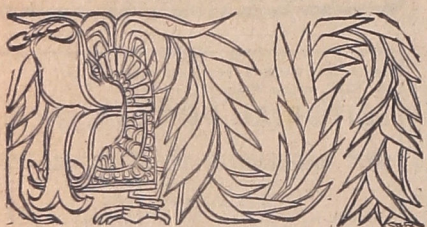
tos autores teatrales debían contar necesariamente con un público que entendía sus discusiones y no se sorprendía demasiado. Por de contado, el comunismo de Platón no se confunde con el moderno. Abuelo de los organicistas, Platón considera el Estado como un ser total, cuyas partes son los grupos humanos, clasificados según sus actividades y aptitudes. A las tres zonas del alma y del cuerpo corresponden las tres castas principales de la República: los magistrados son la cabeza y la razón; los guerreros, el corazón y la fuerza; los artesanos y labriegos, los brazos que proveen a los impulsos del apetito y las necesidades físicas. Y Platón realmente sólo legisla para las dos primeras castas, para los guardianes del Estado. Además, como toda política verdadera se estreche con la educación, el Estado queda bajo el gobierno técnico de los sabios. La República perfecta, gobernada por los filósofos, cae bajo el tipo de las aristocracias intelectuales, vanidosas y tiránicas en su exclusividad racional, que con elocuente disgusto han examinado algunos escritores, nuestro Antonio Caso entre ellos a propósito de Renán.

Tal ensueño de sofocracia puede también corregirse con las observaciones de Charles Maurras (*El porvenir de la Inteligencia*), aunque este programa de hombre, no el cerebro, sino el corazón. Con el corazón piensan lo mismo los asirios y los hebreos, que los mexicanos de antaño y los pueblos aun de grados inferiores. La plenitud del hombre está en el corazón.

En el mito del espejo de Quetzalcóatl —o en su historia, si mucho se empeñan en declararlo tal los arqueólogos y los historiadores sin psicoanálisis—, hallamos una enseñanza tan honda como la que entraña el mito de Fausto, que recorrió todas las zonas de la cultura de Occidente, antes que lo aprisionara Goethe en sus diamantinos versos. El mito del espejo de Quetzalcóatl es como un paradigma de la interpretación del México que rejuvenece. Para la persona tiene su mensaje, pero mayor para la colectividad.

México tiene milenios de existencia. Cuando digo México no solamente entiendo el territorio. Los territorios enmarcan a los individuos, pero no absorben a las naciones. Entiendo el conjunto de elementos vitales del pensamiento, de la emoción, de la vida activa que forman el complejo social y cultural moderno que nos distingue de los demás pueblos. Y ese México ha tenido conciencia de sí mismo hace milenios, aunque los míopes, o los que usan antiparras europeas, no quieran comprenderlo. El espejo descubre a Quetzalcóatl un hecho y empuja

"La República" no es un modelo democrático.



EL ESPEJO DE QUETZALCOATL

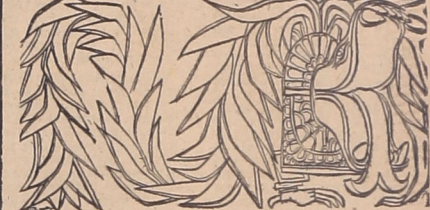
por Angel María Garibay K.

EN un poema compuesto en Tezococ, o que corría entre los habitantes de allí, y que recogieron los indios humanistas de Cuauhtitlán, hallamos un precioso mito. Mito o realidad, no importa para nuestro intento. Es así: Los magos de una cultura antagonica a la que el maravilloso civilizador había implantado se confabulaban para arruinarlo. Hacerlo huir es su intento. Traman diversos ardides, ensayan tentativas múltiples. Y uno de ellos descubre un secreto modo de perder a Quetzalcóatl. El que llega hasta el magnate se llama Tezcatlipoca. Lleva en sus manos un espejo, de unos cinco centímetros de diámetro, pero con la particular característica de que tiene dos caras y en cada cara un espejo. Lo llevaba bien envuelto en lienzos. Cuando después de mil intentos, logra entrar a la presencia del rey, sacerdote y mago, con otra magia diferente, le presenta su espejo.

El advenedizo llega, le pone ante la faz el espejo. "Mira—le dice—aquí hallarás tu propia persona". Renuente Quetzalcóatl primero, al fin consiente en ver lo que le proponen. El mago le responde: "Conoce, vete, oh príncipe; sobre este espejo aparecerás". Se ve en el espejo Quetzalcóatl y se espanta. Ve sus ojos hundidos, sus párpados abultados, y su cara flácida y caída, como es el rostro del viejo que marcha a la tumba. "Cuando me vean me desdenarán mis vasallos", exclama, y pretende recluirse en sus retretes palácicos. Pero los magos no cejan, sino que hacen el intento de transformarlo. Lo revisten de mil galas exteriores, lo pintan aun en el rostro, y lo sacan a la vista de sus súbditos. Todo fue salir. Su vida se transforma. La juventud regresa y con ánimos exorbitantes se lanza a recobrar una vida que pasó para siempre. Se da a la alegría del banquete, se entrega a las dichas del amor, y naufraga en pos de una ventura que no había conocido. Pero todo es apenas camino hacia un más allá incógnito, pero que se vislumbra bello. El fin de la historia es la trasmutación de Quetzalcóatl en estrella. Tal es el mito maravilloso.



El mexicano sólo lo es por entero, cuando apacigua las dos sangres de su origen en su corazón.



milenio a milenio, contienen honda filosofía. Naturalmente, esa filosofía que no vuela en alas de una álgebra de signos, sino que brota del corazón y en el corazón termina. No en vano los pueblos antiguos también hicieron la historia del hombre, no el cerebro, sino el corazón. Con el corazón piensan lo mismo los asirios y los hebreos, que los mexicanos de antaño y los pueblos aun de grados inferiores. La plenitud del hombre está en el corazón.

En el mito del espejo de Quetzalcóatl —o en su historia, si mucho se empeñan en declararlo tal los arqueólogos y los historiadores sin psicoanálisis—, hallamos una enseñanza tan honda como la que entraña el mito de Fausto, que recorrió todas las zonas de la cultura de Occidente, antes que lo aprisionara Goethe en sus diamantinos versos. El mito del espejo de Quetzalcóatl es como un paradigma de la interpretación del México que rejuvenece. Para la persona tiene su mensaje, pero mayor para la colectividad.

Sigue en la página 3, col. 1

